

¡ Estoy á las órdenes de usted.

— Cuando un hombre pone á otro en ridículo, dijo el capitán, está expuesto á ser llamado á un lance de honor.

— Precisamente, dijo Don Serafin, ¿y bien?

— Ahorremos palabras, caballero, usted me ha insultado y me debe una satisfacción.

Don Serafin, á pesar de ser un *dandy* almibarado, era hombre de honor; en su vida de vagancia había aprendido á tirar el florete, antes de ocuparse de la gramática, y era reputado gran tirador de la esgrima entre el mundo de los elegantes.

— No tengo, dijo, una persona que me acompañe; pero si usted tiene dos amigos, uno me servirá de padrino.

— Presentes dijeron á una voz el comandante Demuriez y el alférez Poleón, á quien le lloraba aún el ojo donde la señora Fajardo había impreso su desmesurada facción.

— Mi coche está cerca, señores, dijo Don Serafin, y después de haber entrado con los tres oficiales, gritó al cochero: Ignacio á la glorieta de La Piedad!

XV

Como en estos lances se hace gala de serenidad, se entabló conversación sobre los accidentes del baile, hubo chistes y bromas de buen gusto.

La mañana comenzaba á clarear, cuando los cuatro caballeros se apeaban del carruaje.

— Ajusten ustedes las condiciones, dijo Don Serafin, y se apartó á conversar con el capitán de cosas indiferentes.

Después de cinco minutos, el comandante dijo:

— Se trata de un negocio de poco momento, se batirán á primera sangre.

— Caballero, dijo Poleón, elija usted espada, y le presenté la del comandante y del capitán que eran absolutamente iguales.

Don Serafin eligió al acaso.

Despojáronse de sus casacas los contendientes, las espadas se cruzaron y comenzó el duelo.

El capitán era muy ágil; no obstante, el alférez que era conoedor, dió una mirada de inteligencia á Demuriez.

Efectivamente, Don Serafin era un tirador de primera fuerza.

El combate se hizo terrible.

El capitán se desmoralizó un tanto al encontrarse con un adversario que no imaginaba.

Don Serafin desvió con violencia el acero de su enemigo, y dejándose ir á fondo atravesó de parte á parte al desgraciado Hugues, que dando un ronquido sordo y terrible, se derrumbó, no solo en el suelo, sino en la tumba.

— ¡ Bien muerto! dijo Poleón sacudiendo el cuerpo del capitán, y saludó cortesmente á Don Serafin.

— ¡ Bien muerto! repitió Demuriez, tocándose el kepí.

Don Serafin desapareció todo confuso, dejando á disposición de los padrinos el carruaje para conducir el cadáver del capitán.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONARQUÍA.

I.

El día 8 de Julio del año del Señor de 1863, se instaló solemnemente la Junta de Nobles que debía expresar su voto respecto á la forma de gobierno definitivo del país.

Los hombres que concurrieron á esa célebre asamblea, se han sepultado en la noche del olvido ó en el fatalismo de la desgracia.

La junta de Nobles fué propuesta por Salingy, ministro de Napoléon III, al comandante en jefe de la expedición, y á sus auspicios se instaló y determinó la muerte de la República.

Se ordenó que las sesiones fuesen secretas, cuando se estaba bien seguro de que no habría un solo individuo que se opusiera á los mandatos del César francés.

Una voz sola se levantó como una protesta en el seno de la Asamblea.

En esas violaciones del derecho, nunca falta una protesta, y es que los rayos de la justicia trasponen las tinieblas más densas.

Los *notables* soñaban con el apoyo de la Europa, creían que el ejército de Napoleón no abandonaría jamás al territorio mexicano.

Todos se felicitaban por el triunfo intervencionista, los clérigos se daban abrazos, los generales se estrechaban las manos, y aquellos hombres que, hundidos en la oscuridad se les despertaba al mundo de la política, haciéndoles compare-

cer como cómplices inocentes de un plan combinado de la Europa, se erguían como las notabilidades del porvenir.

II.

El Señor de Fajardo pertenecía á ese número de entes que giran en los círculos bajos de la política, y que al ascender á otra atmósfera se enseñorean como una vieja el día que estrena dientes postizos.

—Los dictámenes no están malos, decía el diplomático, cierto es que yo los hubiera redactado mejor; pero se me olvida en las circunstancias supremas. Yo tengo hechos mis estudios sobre la monarquía en América que he intitulado: "Un trono en el Capitolio," porque yo creo que los Estados-Unidos están llamados al sistema monárquico.

—Y al catolicismo, dijo un clérigo: la religión protestante abre un abismo á los códigos reaccionarios que son los únicos que convienen á los países meridionales.

—Caballero, Norte América está más al Norte que al mediodía.

—Todo es respectivo, respondió el clérigo, Nueva-Orleans está al Sur del Norte.

—Muy bien, dijo Fajardo, esa explicación si me satisface.

—Yo deseo, dijo el clérigo, que se le dé ingerencia al sumo Pontífice en este negocio de la intervención, él está inspirado y puede decir mas bien lo que le conviene á la católica México.

—Su Santidad es muy sabio, respondió el diplomático, y lo que debe hacer es bendecir á la monarquía.

El lector comprenderá á que grado de ilustración estaban ambos personajes.

Acercóse otro notable.

—Señores, exclamó, ya está próxima la votación, ustedes hacen falta, la discusión va á comenzar, las luces de su capacidad deben alumbrar las cuestiones: señor de Fajardo pida usted la palabra, pídale usted, todos sus amigos están empeñados en oírlo.

—Sí que la pediré, tenga usted la bondad de inscribirme en el *pro*.

III.

El notable fué á inscribir al señor Fajardo.
El presidente puso su nombre y se sonrió.

Leídos los dictámenes, y no habiendo oposición el presidente declaró que el dictámen debía ponerse á votación.

Esto no fué oído por el señor de Fajardo, que estaba en la sala de descanso estudiando el discurso.

Un individuo le dijo:

—Señor Fajardo, le están esperando á usted.

El diplomático creyó que para hablar y no para emitir su voto, así es que salió precipitadamente y se colocó en la tribuna.

—El señor de Fajardo, dijo el presidente, que esperaba el voto del diplomático:

Entonces éste se levantó, tosió, se compuso la peluca y dijo:

—¡Señores! hago uso de la palabra para sostener ante el mundo civilizado, que.....que.....

—No hay nada á discusión, dijo el presidente, se trata simplemente de votar.

—¿Como de votar? preguntó el diplomático, yo he pedido la palabra, mi nombre está en el registro, y no se me reducirá al silencio mientras yo no renuncie á este derecho.

—La discusión se ha cerrado y sólo usted falta que votar.

—Yo creía ilustrar con mi discurso este asunto, y que se añadiese al expediente.....

—Reclamo el orden, dijo un notable.

—Eso estoy haciendo, caballero.

—¡El voto! ¡el voto! gritaron varias voces.

—Se me quiere hacer callar, esta bien, que conste en el acta este episodio.

—Constará, dijo el presidente, para cortar este ridículo incidente.

—Voto en *pro de la contra* del dictámen dijo con énfasis el diplomático.

Este modo tan raro de formular el voto, provocó una grande hilaridad en la asamblea.

Quedó citada la junta para el día siguiente, en que se entregaría la resolución al general en jefe del ejército francés.

IV.

Don Modesto Fajardo se dirigió á su casa donde encontró impaciente á Doña Canuta.

—¿Qué pasa? le dijo.

—Que ha de pasar, que se me atropella como en una cámara de demagogos. El discurso más bien meditado, se ha suprimido con una *chicana*.

Se me detuvo en el salón de desahogo para cerrar la discusión, mis enemigos quieren opacarme, pero yo brillaré á pesar de todos, los confundiré, los anonadaré.

—Pero ¿que ha sucedido?

—Es un secreto todavía que no puedo revelar, mañana sabrá la nación entera el resultado de nuestros trabajos, la diplomacia ha ganado en su terreno.

—¿Tú le reservas algo á tu esposa!

—A tí nunca te he reservado nada, tu lo sabes muy bien; pero hay cosas que no es posible revelarlas, me comprometo ante el Estado y mi conciencia!

—Está bien, dijo Doña Canuta montada en cólera, tú me pedirás algo y entonces yo guardaré la misma reserva.

—Papá, dijo Luz entrando en la antesala, ¿no ha habido ninguna noticia de nuestro huésped?

—¡Ah! ¿se me olvidaba! una catástrofe espantosa, horrible! este señor Demuriez es un bárbaro, todo nos lo ha ocultado, todo, hija mía.

—¿Pues qué pasa? preguntó alarmada Doña Canuta.

—Es increíble, yo estoy predestinado para todo lo trágico, ese capitán Hugues era un imprudente.

—¿Cómo era? ¿pues qué ya no existe? insistió la Fajardo.

Luz estaba temblando.

—Oídme, el capitán ha muerto en un duelo, la mañana siguiente á la noche del baile.

—¡Dios mío! dijo Doña Canuta.

Y lo peor es que se murmura que fué un asunto de señoras, dijo misteriosamente el diplomático.

—¡Siempre las mujeres! gritó la señora.

—Aun hay más, que es lo que me confunde, añadió Don Modesto.

—¿Aun resta algo después de su muerte?

—Sí que resta, esposa mía: la maledicencia sobrepasa todos los límites, añade que esa señora, motivo del desafío, es una persona de mi familia!

—¡Lo que escucho! dijo haciéndose interesante Doña Canuta, acaso ese bárbaro de alférez Poleón, no, yo no lo creo, él no se ha permitido decirme una sola frase inconveniente ni que hiriese mi susceptibilidad.

—En ese respecto yo estoy tranquilo, repuso el diplomático, ese hombre, entregado á sus instintos brutales, no es capaz de comprender el amor, ni menos ante tí, esposa mía.

—¿Pues qué tengo yo menos que otra cualquiera?]

—Al contrario, tienes más que otras muchas, tienes un esposo.

Tranquilizóse la señora Fajardo.

Luz, con aquella viveza de comprensión, recordó la mirada del capitán á Don Serafín cuando ellas se habían vuelto á mi

rarle imprudentemente; no obstante, ella no se explicaba cómo aquel dandy pudo habérselas con un hombre de guerra como el oficial francés, por poco que estuviese acostumbrado á los lances de sociedad.

—Su cadáver fué hallado en el Paseo, por el señor Demuriez y ese imbécil del alférez Poleón. Aquí llega Don Serafín, él podrá explicarnos, si acaso lo sabe, el motivo de un lance tan desgraciado.

V.

—Señora, dijo Don Serafín tendiendo una mano á Doña Canuta, ya somos *monarquía*.

—¿Cómo *monarquía*?

—Sí, los señores notables, continuó después de haber hecho un saludo al diplomático, han votado definitivamente por el establecimiento de un trono.

—Caballero, usted abusa de un secreto, cuando yo no he querido decirlo ni á mi esposa.

—México entero lo sabe, dijo Don Serafín; ya esto no es un secreto, por lo tanto me permito decirlo á estas señoras y me felicito de ser el primero.

—¡Monarquía! exclamó la señora Fajardo, ¡monarquía! renacerán los tiempos de Luis XIV, las intrigas, la Pompadour!.....sí, es abominable llamarse *Fajardo*, es necesario inventar un sobreapellido más retumbante y que trascienda á francés, por ejemplo: *Coquelet*:

—No, ese no, respondió el diplomático, así se llama el pastelero de enfrente.

—Es verdad, no lo recordaba, pues entonces, *Paté foagrá*.

—Señora, dijo Don Serafín, eso quiere decir: hígados de pato.

—¿Y qué importa! ¿no hay quien se llame Cabeza de Baca?

—Efectivamente.

—Tú deliras, esposa, y te olvidas de lo principal.

—Sí, no recordaba, se necesita un título; sin pergaminos, la vida pública es imposible, yo necesito un sobrenombre.

—Mamá, dijo Luz impaciente de oír tanta majadería, dejemos esto para cuando estemos en familia, yo declaro desde ahora que no me quitaré jamás el apellido de mi padre, que es la herencia de mis abuelos.

—Niña, no sabes lo que te dices, tú no sabes nada de historia, lee los *Tres Mosqueteros*, é instrúyete. Allí no se habla sino de condesas, princesas y reinas.

—Yo le he recomendado, dijo el diplomático, la lectura del *Periquillo*; pero desde hoy le prevengo que sé entregue á los libros que hablen de reyes.

—El *Bertoldo*, por ejemplo, dijo Luz al ver ponerse en evidencia á sus padres delante de un extraño.

—Volvamos á nuestro asunto; ¿querrá usted, señor Don Serafín, decirnos el motivo de ese duelo escandaloso del capitán Hugues?

Una nube pasó por el semblante de Don Serafín.

—Vamos, hable usted con franqueza.

—Yo... en fin.....dijo incierto Don Serafín.

—No tema usted, joven, no tema usted inquietarnos, lo estamos ya demasiado para que se acrezca nuestra pesadumbre.

—Yo hablaré á usted con entera franqueza, creo que ustedes no pondrán en duda mis palabras.

Luz vió realizada sus sospechas.

—Todo soy de usted, caballero, repuso el diplomático.

—Al salir del baile se acercó á mí el capitán y me pidió una satisfacción por un instante, sin que yo sepa hasta ahora de lo que se trataba.

—Y eso que tiene que..... dijo Doña Canuta interrumpiéndole.

—Tiene, repuso Don Serafín, que sólo por el orgullo de ser mexicano he aceptado este duelo.

—Es decir, gritó Doña Canuta, que es el que....!Dios mío! un asesino, un asesino!

—Esa palabra, señora! dijo Don Serafín, el duelo ha sido presenciado por el señor Demuriez y el alférez Poleón.

El diplomático estaba asombrado.

—No, caballero, prosiguió la de Fajardo, usted nos ha arrebatado á nuestro huésped, esto es ni más ni menos que un asesinato á sangre fría.

—La pragmática del rey Carlos III, dijo el diplomático, lo tiene á usted sentenciado á la última pena, el duelo es un asesinato.

Don Serafín percibió los pasos del comandante Demuriez, y saliendo violentamente á la antesala le tomó por el brazo y lo introdujo á la pieza donde se encontraban los Fajardos.

VI

—Caballero, le dijo el *dandy*, aquí se permiten decir que yo he asesinado al capitán Hugues; usted que ha presenciado como testigo aquel lance diga si se puede dar tal nombre á ese suceso desagradable, yo apelo al honor de un soldado francés

—Señores, dijo Demuriez, este caballero ha matado en buena lid al capitán Luis Hugues del Estado Mayor del general Forey. La sociedad tiene sus leyes, que por ser tan sagradas no están escritas, el dicho de los hombres de honor es suficiente á la sociedad para alejar de un caballero la reputación cobarde de asesino.

—La religión, gritó Doña Canuta, y la ley, prohíben el desafío; me ratifico, el señor es un asesino.

—Caballero, dijo Luz á Don Serafín, usted ha ganado más de lo que creía en este lance, yo lamento la muerte de un hombre, pero tengo en alta estima al que creyéndose humillado por su calidad de mexicano, aceptó un duelo exponiendo su existencia.

Don Serafín estrechó la mano á Luz y saludando á los Fajardos salió para siempre de aquella casa.

VII.

—Bien lo haces, hija mía, dijo Doña Canuta luego que se quedaron solos, ese mequetrefe te ha quitado al novio de una estocada, y te permites darle las gracias; yo deseara que alguno matase á Fajardo, para que veas la manera como debe portarse una señora.

—Más vale que no lo vea de una manera tan práctica, dijo el diplomático.

—Yo, mamá, dijo Luz, tengo otro modo de pensar, y declaro á ustedes que no aceptaré jamás como marido á un francés ni á un imperialista; criada en una libertad absoluta, sin más restricciones que las de una buena moral, creo que un hombre que abdica de su dignidad y pide *amo*.....

—¡Silencio, niña! Me comprometes altamente, ya estamos en la monarquía, no quiero que se me encarcele en la Diputación y se me tenga como al *Máscara de Fierro*.

—Ya pensarán en una Bastilla; ¿donde hemcs de poner á los reos de lesa majestad? Hay cosas que son absolutamente necesarias.

—Las prisiones de Estado, replicó el diplomático, son uno de los más firmes apoyos del trono.

—Si no fuéramos casados, te aconsejaría que te ordenases, porque tú llegarías á ser un Richelieu.

—Seré un Richelieu sin tonsurar, respondió Don Modesto, poseo en alto grado la divina ciencia, es decir, la diplomacia, ayer leí todo el Manual.

—¿Y no está en ese manual el número de gatos que deban

tener los hombres de Estado? porque yo he oído decir que el célebre cardenal tenía una ó dos docenas.

—No, dijo Fajardo, eso no pertenece á nuestra escuela, esos eran caprichos de aquel grande hombre.

—Pues tú debes tener los tuyos, aquí hay una gata, puedes dedicarte á ella.

—Yo me dedico á otro animal respondió Don Modesto.

Luz salió de la sala desesperada de no hallar en sus padres un sólo átomo de sentido común.

VIII

Al siguiente día, 11 de Julio de 863, se hallaban reunidos los hombres de la asamblea de notables, en el salón donde la república ostentaba desde su independencia la majestad nacional.

En aquel recinto profanado entonces por aquella gente que entregaba la nación en manos de Francia y sus destinos á un porvenir sombrío y lleno de vicisitudes, se había proclamado el segundo imperio.

El entusiasmo conservador había elevado á la altura de regencia al poder ejecutivo, y había votado la víspera de ese memorable día el que se levantase un busto á la majestad de Napoléon III.

A los pies del invasor se llevaba una lluvia de votos de gracias.

El pueblo no se manifestó cómplice en el atentado contra su independencia.

Esto le basta á la historia de las nacionalidades.

IX.

El mismo día y en aquella hora, se hizo circular el siguiente telegrama del alambre de Veracruz:

“AL PRESIDENTE DAVIS.

Milord, 3 de Mayo.

Ayer penetró el general Jackson en la retaguardia del enemigo, y le arrojó de todas sus posiciones, desde Wilderness hasta una milla de Chancellorsville.

Dos divisiones de Longstreet, atacaron al enemigo por el frente.

Hemos hecho muchos prisioneros, y las pérdidas del enemigo en muertos y prisioneros, son considerables.

Hoy se ha renovado la batalla.

El enemigo ha sido desalojado de todas las posiciones que ocupaba, y arrojado hacia el Rappanahok, y está retirándose.

Tenemos que dar gracias atra vez al Todopoderoso por haber ganado una gran batalla.

ROBERT E. LEE, general en jefe.”

—He aquí, decía uno de los notables, destruidas todas las esperanzas de los republicanos.

—Sí, añadía otro, ya lo tenía previsto, esa nación va á desaparecer en la catástrofe abolicionista; vean ustedes si es empeño el querer la libertad de esos etíopes. Lo que nos importa es la prolongación de la guerra, mientras desaparecen los elementos del gobierno juarista; “divide y triunfarás.” Los yankees son el demonio, no abandonarán la idea de independencia hasta hacerse pedazos, y entonces quedarán tan débiles, que no tendrán más partido que reconocer al imperio.

—Yo veo, repuso el otro, que esa obstinación es maliciosa, la realidad es que tienen los Estados Unidos un terror pánico á las armas francesas, ¿que papel haría Grant delante del general Forey?

—Ridículo, más que ridículo, prosiguió entusiasmado el miembro de la asamblea. Yo pienso que sería fácil una invasión á la tierra americana; con un ejército como el de Napoléon todo se alcanza; ya ve usted, en un año han llegado hasta Puebla, y eso que eran cincuenta mil hombres nada más. Aquí no hay puentes como los de Austerlitz, ni existen los valientes moscovitas que incendian una ciudad; aquí los recibimos con flores; porque entre la demagogía y el extranjero, mil veces lo segundo, amigo.

—Yo he sido siempre imperialista; en todo país debe existir una familia real que herede el gobierno, y no esta jerga de elecciones, que alienta todas las ambiciones bastardas y eleva á todas las nulidades.

—Muy bien dicho, señor mío, qué diferencia entre un europeo, y verbi gracia, un Don Vicente Guerrero, un Juárez, esto es espantoso.

Poco más ó menos, así discurrían todos los miembros de la asamblea de notables.



X.

Los miembros de la regencia se reunieron en el salón de embajadores, dando previo aviso á la asamblea que precidía de Lares y los secretarios, fué á poner en sus manos el acta de sus importantes trabajos y resoluciones, firmada ya por todos los miembros de la junta.

Almonte, con voz sonora y en medio de un silencio solemne, dijo:

“El supremo poder ejecutivo provisional de la nación, á sus habitantes, sabed:

Que la asamblea de notables, ha tenido á bien decretar lo siguiente:

La asamblea de notables, en virtud del decreto de 16 del próximo pasado, para dar á conocer la forma de gobierno que más convenga á la nación, en uso del pleno derecho que esta tiene para constituirse, y como órgano é intérprete de ella, declara con absoluta independencia y libertad, lo que sigue:

1.º La nación mexicana adopta por forma de gobierno, la MONARQUIA moderada hereditaria con un príncipe católico.

2.º El Soberano tomará el nombre de emperador de México.

3.º La corona imperial de México, se ofrece á S. A. I. y R., el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

4.º En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, la nación mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III. emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Dado en el salón de sesiones de la asamblea, á 10 de Julio de 1863.

Todosio Lares, presidente.—*Alejandro Arango y Escandón*, secretario.—*José María Andrade*, secretario.”

Un aplauso acogió la lectura del decreto.

Siguieron los discursos que la historia guarda en sus protocolos, como el testimonio más palpitante del extravío humano.

Una salva de ciento un cañonazos anunció á la capital el *Papam habemus* de la monarquía.



XI.

La regencia con los señores Forey, Saligny, la asamblea y el ayuntamiento, pasó entre la valla formada por la tropa, á la Catedral, donde fué cantado un Te-Deum á toda orquesta.

Forey y Saligny se sentaron en un dosel frente al que ocupaba la regencia.

Los representantes ocuparon asientos colocados en la crujía.

El estado mayor del comandante en jefe, se colocó en la tribuna destinada á tal objeto.

El clero estaba de enhorabuna. Hacía más de medio siglo que no se veía en la metropolitana una fiesta monárquica, esos días desaparecieron.

El clero se disponía desde entonces á ungir al emperador.

A las tres de la tarde se publicó el decreto, saliendo en procesión el Ayuntamiento, precedido del prefecto político.

El cielo se había nublado, aquella profanación despertaba su ira, las nubes agrupadas en el horizonte, se desgajaron al soplo de una tormenta, y aquella comitiva que sacaba el pendón de la vergüenza, el cartel de muerte para la República, fué disuelta por la tempestad, en medio del silencio del pueblo á quien le revelaba tan torpe ceremonia, que habían muerto sus libertades públicas, pero que á costa de su sangre renacerían como el Fénix, de sus cenizas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

